ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

MIMÍ

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOSÉ ESTREMERA

MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO
1888

A Luis [illegible]
su amigo y compañero
J. Estremera

MIMÍ

MIMÍ

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOSÉ ESTREMERA

Representada por primera vez en el TEATRO LARA el 11 de Enero de 1888



MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1888

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ELENA	Srta. Rodríguez.
JUSTA	Sra. Valverde.
PROFESORA	Srta. Domínguez.
JUANA	Blanco.
EUSTAQUIO	Sr. Riquelme.
IGNACIO	Rubio.
PABLO	Miralles.

ACTO PRIMERO

Gabinete elegante con puerta al foro y laterales. A la derecha un espejo. A la izquierda un mueblecito de señora con cajones bajos. En el centro un velador con escribanía, papel, etc.

Al levantarse el telón Elena está sentada en el suelo junto al mueblecito, uno de cuyos cajones estará abierto y lleno de cartas, flores, retratos etc.

ESCENA PRIMERA

ELENA. JUANA

ELENA (Concluyendo de leer una carta.) «Su fiel y rendido amante que besa sus piés»... ¡Já, já, já! ¡Qué tonto! (Deja la carta en el cajón y toma otra.)

JUANA Vamos, señorita, deje usted eso.

ELENA Pues mira, mira estos versos de aquel profesor de retórica.

«Mimí, mi dulce Mimí,
modelo de ingenuidad,
déme usted, por caridad,
déme usted el dulce sí.
¡Ay, sí!
Ay, por usted vivo yo;
es de usted toda mi fé;
ay, por Dios, no me de usté,
no me de usté el triste no.
¡Ay, no!»

¡Ay, si; ay, no! Ay, Jesús y qué mamarracho tan grande. (Deja el papel y toma otro.)

JUANA ¡Pero, señorita!

ELENA Espera.
JUANA Que está ahí la profesora.
ELENA Deja. Verás. Esta es de mi primo Miguel, el marino: «Punta de Gales, 10, Enero.»
JUANA ¿Dónde está eso?
ELENA ¿Punta de Gales? ¿No has oido hablar del Príncipe de Gales?
JUANA No, señora.
ELENA Pues ahí está. . en el extranjero... hacia Alemania ó Turquía. «He pasado el mar Rojo.»
JUANA Eso estará muy lejos.
ELENA No, es un mar que pasa por... por el extranjero. ¿No has leído el Fleury?
JUANA Sí, señora; pero no me acuerdo.
ELENA ¿No te acuerdas que Dios les abrió un camino seco por medio de las aguas? Pues ese es el mar Rojo.
JUANA ¡Ah, ya!
ELENA Verás qué bonitas cosas me dice: «Siento tener que confiar mi amor á este papel, que tal vez lean otros, porque quisiera que mis pensamientos fueran todos para tí, sin que nadie participara de ellos.»
JUANA Muy bien.
ELENA Este párrafo me gusta tanto, que me lo sé de memoria. Verás cómo sigue: «Porque estos sentimientos del alma son *como las mariposas, que no pueden cogerse sin que se quede entre los dedos el polvo de oro de sus alas.*» (1)
JUANA ¿Y dónde está ahora el señorito Miguel?
ELENA No sé; como hace tanto tiempo que no le escribo...
JUANA ¿Por qué le ha dejado usted?
ELENA Si no le he dejado; pero no le escribo. Como mi letra no es muy buena y no estoy muy fuerte en ortografía, no quería que se riera de mí, y me ponía las cartas la otra profesora, que era muy complaciente. Ahora no puedo escribirle, porque le cho-

(1) Becquer.

caría el cambio de letra. (Coge otro papel.) Pues esta...

JUANA ¡Pero, señorita; que está la profesora esperando ahí!

ELENA Bueno, déjala que espere.

JUANA Si vino hace más de media hora.

ELENA Vamos á leer esta no más. Es del médico que vive al lado. Ese lo toma con mucha formalidad; quiere hablar á los abuelitos.

JUANA Es de los seguros.

ELENA «Pero antes de dar un paso en falso, quisiera contar con el asentimiento de usted; y en la dificultad de vernos á solas»... Es claro, como me visita únicamente cuando estoy mala, siempre están los abuelitos delante. «...Pues se niega usted á escribirme»... ¡La pícara ortografía me ha quitado más novios! «...si admite usted mis pretensiones, puede manifestármelo poniéndose una flor en el pecho delante de mí.» ¡Pobre hombre! Desde que me escribió esta carta ha venido cuatro veces y yo de propósito ponía ahí un jarrón con flores, y en cuanto mi doctor me miraba, hacía yo como que iba á coger una y él abría cada ojo!... Entonces me volvía á sentar y me moría de risa viendo su cara de carnero degollado. Ayer... ¡ay, si vieras que vergüenza pasé! (Se levanta.) Estaba él en el balcón de al lado mirando hacia allá. Yo me asomé sin hacer ruido y me puse á hacerle gestos, y al volver la cabeza me pilló haciéndole así. (Poniendo el dedo pulgar en la nariz, la mano abierta y moviendo los dedos.)

JUANA Anda, que estuvo bueno. ¿Y qué dijo?

ELENA ¡Qué! Si yo me metí enseguida. Pero no se habrá enfadado mucho. Ya verás cómo no deja sus pretensiones.

JUANA ¿No sabe ese señor que va usted á casarse con el señorito Ignacio?

ELENA ¡Toma, toma! Eso, ni yo lo sé. Ahí viene; los abuelitos le reciben bien... A mí me da lo mismo. El no hace más que hablarme de su papá y de sus estudios. El papá

es el que lo arregla todo; tanto que más parece que estoy en relaciones con el padre que con el hijo.

JUANA Si no le quiere usted, ¿por qué le aguanta?

ELENA Porque me divierte y porque hace lo que yo quiero. (Juana se levanta y mira hacia adentro.)

JUANA Señorita, la profesora se impacienta.

ELENA Voy, voy. (Recoge las cartas y las guarda en el cajón.) ¡Ay, pero aún no le hemos dado las sopas á la Linda!

JUANA Señorita, la profesora...

ELENA ¡Animalito! Ve por ellas. (Dirigiéndose á su cuarto.) ¡Linda, chichina mía, pobrecita! Ya viene tu ama á darte el desayuno. (Entra en su cuarto.)

ESCENA II

JUANA, y la PROFESORA

JUANA Ya necesita paciencia esa pobre señora. (Se dirige al fondo.)

PROF. (Saliendo.) ¿Me hace usted el favor?...

JUANA ¿Qué manda usted?

PROF. ¿Sabe la señorita que hace cerca de una hora que estoy aquí?

JUANA Sí, señora; pero está aún en la cama.

PROF. ¿Y la señora?

JUANA Por allá adentro está.

PROF. Hágame usted el favor de decirle que venga.

JUANA Voy enseguida. (Vase.)

ELENA (Dentro.) ¡Ea, Linda, no seas mala!

PROF. (Se acerca á la puerta por donde se fué Elena.) ¡Vamos, que tiene gracia la ocurrencia! ¡Yo aquí esperando y la niña jugando con la perrita!... ¡Jesús, pierdo aquí más tiempo!... Al cabo será preciso dejar esta lección.

ESCENA III

DOÑA JUSTA y la PROFESORA

D.ª JUS. ¡Ay, señora, dispense usted! La niña no se ha levantado aún, porque ha pasado una noche muy mala. La pobrecilla anda siempre tan delicaducha, que, crea usted que todo cuidado es poco. Ahora está durmiendo la pobre un ratito.

PROF. ¡Sí!

D.ª JUS. Usted ha de dispensarla. Ya he dicho que vayan á vestirla y enseguida vendrá... Aunque hoy no se sabrá sus lecciones; porque ayer estaba tan nerviosa, que la dije:—No estudies, hija mía, que aquella señora, por un día, no se enfadará.

PROF. Por un día, tiene usted razón, señora; pero es el caso que hace un mes que vengo y todavía no he conseguido que dé una sola lección.

D.ª JUS. ¡La pobre! ¿Si viera usted? Le dan unos mareos que no puede fijarse mucho tiempo. Por eso he buscado á usted, que es amable y cariñosa. La profesora que tenía antes, no la dejaba pasar nada.

PROF. A veces es preciso...

D.ª JUS. Y daba unos disgustos á mi pobre niña, que apenas se pasaba un dia de lección sin que me la hiciera llorar. Y, créame usted, si la niña ha de saber algo á fuerza de disgustos, mejor quiero que no sepa nada. Ya ve usted, no tiene más madre que yo.

(Juana sale por el foro y entra en el cuarto de Elena.)

PROF. Ya, ya.

D.ª JUS. Y su pobre padre, mi hijo, no podía desatender sus negocios y se fué á América, dejándonos á la niña que no alzaba tanto así. Mi marido y yo estamos pendientes de su humor, y en viéndola triste ya no hay sosiego en esta casa. Y crea usted que la pobre está tan delicada, que sólo á fuerza

de mimo y de cuidados hemos podido sacarla adelante.

PROF. Pues nadie creería que su naturaleza es tan delicada. Más bien parece robusta.

D.ª JUS. ¡Ay, no lo crea usted! Esos colores y esa robustez, son pura apariencia. Lo cierto es que al menor disgusto, por la más pequeña contrariedad, se nos pone mala y le dan unos ataques y unas cosas, que muchas veces nos ha parecido que la perdíamos. Ya ve usted, cuando está sentada y se le cae al suelo alguna cosa, hay que recogérsela, porque la pobre al inclinarse se fatiga muchísimo... no tiene fuerza para nada. (Se oye estrépito y ladridos en el cuarto de Elena.) Jesús, Dios mío! ¿Qué habrá pasado? (Corre hacia el cuarto de Elena; la Profesora se levanta.)

ESCENA IV

DICHAS y ELENA

ELENA ¡Abelita, abelita!

D.ª JUS. (Alarmadísima.) ¿Qué es eso? ¿Te has hecho daño?

ELENA Yo no. La Juana.

D.ª JUS. ¡Ay, gracias á Dios!... Digo... ¡Jesús, qué disparate!

ELENA Yo quería que se subiera á la mesa para ver si la perrita la seguía. Ella no quiso, y yo la cogí en peso y la dejé sentada en lo alto.

D.ª JUS. ¿Tú? ¡Qué locura!

PROF. (¡Pues es débil la niña!)

ELENA Pero la mesa se vino abajo y creo que Juana se ha lastimado.

D.ª JUS. ¿Pero tú no te has hecho nada?

ELENA No.

D.ª JUS. ¡Ay, Dios mío! Voy á ver... (Éntrase.)

ELENA ¡Pobrecilla! Dios quiera que no sea nada. ¡Ay, señora, qué susto tengo! (Mirando con ansiedad hacia adentro.) ¡Ay, Dios mío!

D.ª JUS. (Sale con Juana.) No te asustes, hija mía. (Aparte á Juana.) Díle que no ha sido nada.

JUANA No me he hecho nada, señorita.

ELENA ¿De veras?

D.ª JUS. (Aparte á Juana.) No la asustes y no te pesará.

JUANA ¡Pero, señora, si no me he hecho nada más que un cardenal en este brazo!

D.ª JUS. ¡Jesús, Jesús! Ven, te pondré un poco de árnica. (Vánse.)

ESCENA V

ELENA y la PROFESORA

ELENA ¡Pobre muchacha! Por mí se ha dado ese golpe. ¡Tengo un sentimiento! ¿Qué haría yo para reparar?... ¡Ah, mis ahorros! (Saca del mueblecito una cajita con dinero.) Diga usted, señora, ¿Cuánto vale esta monedita?

PROF. Cuatro duros.

ELENA ¿Y esta otra?

PROF. Una onza.

ELENA ¿Y cuante vale?

PROF. Dieciseis duros.

ELENA ¿Y esta?

PROF. Cinco.

ELENA ¿Y todo esto junto?

PROF. Ciento... doscientas... doscientas cincuenta pesetas.

ELENA ¿Y cuánto viene á ser eso?

PROF. Cincuenta duros, mil reales.

ELENA Voy á dárselos á esa pobre.

PROF. ¿Por un cardenal va usted á darle mil reales?

ELENA ¡Si no tengo más!

PROF. Me parece demasiado.

ELENA ¡Demasiado! ¡Bah! ¿Yo para qué lo quiero? Si me hace falta, ya me dará más mi abuelito. Voy á dárselo. (Vase corriendo.)

ESCENA VI

DON EUSTAQUIO y la PROFESORA

D. EUS. (Que ve salir á Elena.) No corras, hija mia, que te vas á caer. ¡Ay, qué muchacha! Señora, ¿qué ha sucedido? He oido un ruido...

PROF. Que se cayó la muchacha.

D. EUS. ¿La niña?

PROF. No, señor; la criada.

D. EUS. ¡Ah!

PROF. Y se han alarmado un poco; pero parece que no se ha hecho nada.

D. EUS. ¡Ay, más vale así! ¿Han dado ustedes su lección?

PROF. No, señor; la señorita acaba de salir de su cuarto.

D. EUS. ¡Ya vé usted, está tan delicada!... Vaya, pues por hoy la dispensará usted, porque, con el susto...

PROF. Pero es que hasta ahora no hemos dado ninguna lección.

D. EUS. ¿No, eh? ¡Es claro, pobrecilla!

PROF. Y está muy atrasada.

D. EUS. ¡Pobre hija! Es preciso distraerla.

PROF. Pero, caballero, es un cargo de conciencia que yo venga á llevarme un dinero que no gano.

D. EUS. No se ofenda usted. Desde mañana prometo que cambiarán las cosas. Mañana... Mañana no venga usted porque es sábado. El lúnes ya será otra cosa. Es decir, el lúnes no, porque es su cumpleaños. Lo dejaremos para principio de mes.

PROF. Como usted guste. Entonces me retiro. Haga usted el favor de despedirme de las señoras.

D. EUS. Vaya usted con Dios. A los pies de usted.

(Vase. Don Eustaquio la acompaña hasta la puerta del foro.)

ESCENA VII

DON EUSTAQUIO

¡Pché! Para ser una mujer de su casa, no se necesita saber francés, ni dónde está Pekin. La salud es lo primero. (Se oye ladrar dentro.) ¿Qué le pasará á la perrita? ¡Linda, Linda! Toma, monina. (A la puerta del cuarto de Elena.) ¡Pobrecita, cojea! ¿Qué le habrá pasado á este animalito? (Entra un momento y saca en brazos una perrita de aguas.) ¡Qué disgusto va á tener la niña!

ESCENA VIII

DON EUSTAQUIO, DOÑA JUSTA y ELENA

D.ª JUS. No te apures; ya has visto qne no ha sido nada. Con el árnica verás cómo mañana no se le conoce.

ELENA Sí, pero no ha querido tomar el dinero que yo le daba.

D. EUS. (Acariciando á la perra.) ¡Pobrecita! ¿Dónde te duele?

ELENA ¡Ay, mi perrita! Ya no me acordaba de ella. ¿Se ha hecho algo?

D. EUS. No, cojea un poco; pero no debe de ser nada.

ELENA ¿A ver? (Coge á la perra.) ¿Dónde te has hecho mal, hija mía? (La reconoce y la perra chilla.) Aquí, aquí ha sido. ¡Ay, Dios mío! ¿Si se quedará coja? Que llamen enseguida á Fernández.

D. EUS. ¿Para qué?

ELENA Para que la vea.

D. EUS. ¡Jesús, qué disparate! ¿Ha de venir á ver á un perro un médico de su fama?

ELENA ¿Y qué? En pagándole... Yo le daré lo que quiera. Tengo cincuenta duros y mil reales.

D. Eus. Hija mía, eso no es posible.
Elena Sí, es posible, y yo quiero, ea.
D. Eus. ¿Pero no ves que se enfadaría?
Elena Que se enfade. ¡Con tal que me la cure!...
D.ª Jus. Hijita, tiene razón el abuelito.
Elena Pues yo quiero.
D. Eus. No, monina; mira que...
Elena Que no y que no. Quiero que venga, ¡quiero y quiero!
D.ª Jus. ¡Por Dios, Mimí, mira que eso es imposible!
D. Eus. Sí, hijita. Llamaremos á un albéitar, al mejor de Madrid, á todos los que haya.
Elena No, no y no.
D. Eus. ¡Elenita, hija mia!
D.ª Jus. ¡Mimí!
Elena Que venga Fernández.
D.ª Jus. Vamos, hija, cálmate y comprende...
D. Eus. Ya ves que te damos gusto en todo. Deja esa tema y pídenos todo lo que quieras.
D.ª Jus. Eso es.
Elena Pues que venga Fernández. (Furiosa.)
D.ª Jus. ¡Elena!
D. Eus. ¡Monita!
D.ª Jus. ¡Hija!
D. Eus. ¡Hija de mi alma!
Elena Bueno, pues que no venga. Pero luego no queráis que coma. Y si me muero, mejor... (Tira la perra con rabia, entra en su cuarto y cierra dando un portazo.)

ESCENA IX

DON EUSTAQUIO y DOÑA JUSTA

D. Eus. (Yendo hacia la puerta.) Oye, hijita. ¡Se ha encerrado!
D.ª Jus. (Que ha cogido á la perra y la ha metido en un cuarto.) ¡Ay, Dios mío! ¡Eustaquio!
D. Eus. ¿Qué?
D.ª Jus. Vamos á tener que avisar á ese hombre.
D. Eus. ¡Cómo vamos á decir á un médico ilustre: «¡Venga usted á curar á una perrita!»

D.ª JUS. Pues ya verás cómo se empeña en no comer y vamos á tener un disgusto mayor.

D. EUS. Hija, yo bien quisiera complacerla; pero ese hombre se enfadaría con nosotros, y con razón sobrada.

D.ª JUS. Pero, mira; él ya sabe lo que es la niña. Se lo decimos y se hará cargo. ¿Qué trabajo le cuesta venir y recetar cualquier cosa? Es de confianza.

D. EUS. Pero no para tanto. En fin, hija, lo siento mucho, pero no puedo. No hay nunca derecho ni confianza para inferir un insulto á un hombre de su reputación. ¿Cómo se le dice?...

D.ª JUS. Vas allá y le dices que venga á ver á la niña. Ya sabe él que anda delicadita. Y una vez aquí, así como de paso, malo será que no encontremos un medio de explicarle... Anda, que con tal que esté buena, todo puede darse por bien empleado.

D. EUS. Bueno, mujer, iré. Pero ya verás tú cómo, dígasele como se quiera, al cabo se enfada.

D.ª JUS. No, hombre, no; ya querrá Dios que no. Anda, te daré la levita. Le dices... (Vánse por la derecha.)

ESCENA X

IGNACIO y JUANA por el foro

JUANA Pase usted, D. Ignacio; voy á decirle á la señorita que está usted aquí.

IGN. Bueno.

JUANA Siéntese usted. (Ignacio se sienta y ojea un gran manuscrito que trae bajo el brazo. Juana va á abrir la puerta del cuarto de Elena.) (¡Se ha encerrado!) ¡Señorita, señorita, abra usted!

ELENA (Dentro) No quiero.

JUANA Que está aquí el señorito Ignacio.

ELENA Qué esté.

JUANA (A Ignacio.) ¿Ha oido usted?

IGN. (Saliendo de su abstracción.) ¿Qué?

JUANA — Que la señorita... no puede salir ahora.
IGN. — Bueno.
JUANA — ¡Jesús, qué hombre! No sé cómo le aguanta... (Va á salir por el fondo y se encuentra con Pablo.)

ESCENA XI

DICHOS y PABLO

JUANA — ¡Ah, señorito!
PABLO — (Con cierto misterio.) ¿Están por aquí los señores?
JUANA — Por allá adentro. Voy á llamarlos.
PABLO — No, no los llame usted. ¿Y la señorita?
JUANA — Ahí está encerrada en su cuarto.
PABLO — Retarde lo posible el anunciarme, quiero estar aquí un momento.
JUANA — Está muy bien. (Vase.)

ESCENA XII

PABLO é IGNACIO

PABLO — (Sin reparar en Ignacio que sigue engolfado en su lectura.) Quiero ver si puedo encontrar á solas á esta niña, para decirle cuántas son cinco y para enseñarla á hacerme muecas desde el balcón. ¡Bueno estaría que la chicuela se divirtiese conmigo! Y se divertirá como se lo proponga, porque á pesar de sus chiquilladas y quizá por ellas, tiene tal encanto que si yo no me domino, hará lo que quiera de mí. (Repara en Ignacio.) ¡Ah, que está aquí este mamarracho! Para servir á usted amigo.
IGN. — ¡Eh! ¡Ah! Buenas tardes, doctor.
PABLO — ¿Qué es eso? ¿Se está estudiando?
IGN. — Sí, señor; he encontrado este manuscrito en un puesto de libros. Y ya he visto datos curiosos para mi obra.
PABLO — ¿Alguna obra científica?
IGN. — No, de pura erudición. Es un trabajo que

espero que me haga entrar como socio correspondiente del Círculo Cervantista de Cambodja. Ya lo soy de la Sociedad colombina de Batabia y de la políglota de Calcuta.

PABLO ¿Y qué obra es esa?

IGN. Una que ha de dar mucha luz sobre la historia de Cervantes. Trata de un punto de la vida de este grande hombre que nadie ha tocado todavía. La titulo *Cervantes en la lactancia.*

PABLO ¡Hola! ¡Notable trabajo!

IGN. ¡Pche! difícil. Necesito averiguar si tuvo ó no tuvo ama de cría.

PABLO ¿Y lo dice en ese libro?

IGN. No lo he visto aún. Es un punto dudoso. Antonio Ceballos de Castro, célebre cirujano de Alcalá de Henares, que floreció por los años de 1500, en un incunable que existe en la Biblioteca del Escorial, estante XZ, tabla 4.ª, dice que las mujeres de Alcalá eran de complexión robusta, lo cual hace creer que la madre del Manco de Lepanto no necesitara confiar su vástago á nodriza alguna.

PABLO ¡Ah, vamos!

IGN. Pero en un texto latino mutilado, que perteneció á un canónigo natural de Alcázar de San Juan y que me ha proporcionado mi sabio colega D. Gonzalo García de Tejada y Rubiños, se lee una frase de sentido ambiguo, que lo mismo aboga en pró que en contra de mi aserto.

PABLO ¿Y cuál es el aserto de usted?

IGN. Verá usted, aquí debo de tener unas cuartillas... (Saca unos papeles del bolsillo.) Sí, aquí. (Lee) «He visto en un códice del Archivo de Alcalá, que á mediados del siglo décimo sexto existió una mujer á quien llamaban de sobrenombre la Cervata. Nota: ¿Será Cervanta? Es muy posible que este apodo le viniera de haber amamantado á un Cervantes.» ¿Le parece á usted de fuerza la observación?

PABLO — De fuerza de quinientos caballos. Lo que me parece es que esos trabajos de erudición, le dejan á usted tiempo para otros de índole muy diversa.

IGN. — ¡Pch!

PABLO — Usted viene aquí con ciertas intenciones.

IGN. — ¿Se refiere usted á lo de Elenita?

PABLO — ¿Luego es cierto?

IGN. — ¡Pch, papá quiere!...

PABLO — Lo que no comprendo es cómo se ha compuesto usted para declararse.

IGN. — Yo no; papá lo ha arreglado todo. Papá me dijo un día: «Es preciso que te cases; ya tienes edad de eso.»

PABLO — ¡Ya lo creo!

IGN. — «Estamos solos, no tenemos quien nos cuide.» Yo dije que bueno; él se encargó de hablar á los abuelitos de Elena, habló también á la niña y nada más.

PABLO — Pero, ¿quién es el novio, usted ó su padre?

IGN. — Hombre, claro que yo soy el novio; pero papá es el que lo arregla todo. ¡En gustándole á papá!...

PABLO — Sí, sólo falta que venga papá á hacerle el amor.

IGN. — Ya viene algunas veces. Es decir, viene á ver á estos señores.

PABLO — ¡Yá! (Este no es un enemigo temible.)

ESCENA XIII

DICHOS, DOÑA JUSTA

D.ª JUS. — Adiós, Ignacio.

PABLO, IGN. — ¡Señora!...

D.ª JUS. — (A Pablo.) ¿Usted por aquí? Eustaquio ha ido ahora á buscarle á usted.

PABLO — Pues ¿qué? ¿Ocurre algo?

D.ª JUS. — La niña se ha puesto un poco mala: ¿No ha salido todavía?

IGN. — No, señora.

D.ª Jus. Dispénsela usted. La pobrecilla anda hoy tan desazonada.
Ign. Pobrecita.
D.ª Jus. ¿Y papá?
Ign. Bueno; en casa quedó. Tantas cosas para ustedes.
D.ª Jus. Voy á ver. (A la puerta de Elena.) Elena, hijita mía.
Elena (Dentro.) ¡Que no abro.!
D.ª Jus. ¡Que está aquí Ignacio!
Elena ¡Pues que se vaya!
Ign. ¡Eh! (Pablo ríe.)
D.ª Jus. No la haga usted caso. Son bromas suyas.
Ign. Pobrecita.

ESENA XIV

DICHOS, EUSTAQUIO

D. Eus. Querido doctor, de casa de usted vengo.
Pablo Sí, ya me ha dicho la señora...
D. Eus. ¡Ignacio! (Saludándole.)
Ign. Servidor.
D. Eus. (Aparte á Justa.) ¿Se lo has dicho?
D.ª Jus. (Aparte á él.) ¡Qué! si no sé cómo empezar.
Pablo Conque, ¿qué le pasa á la niña?
Ign. Sí, ¿qué le ocurre?
D. Eus. (Dudando.) Pues, yo diré á usted... la niña...
D.ª Jus. Eso es, la pobrecita niña...
D. Eus. Pues... (No sabiendo qué decir.) Pero sentémonos.
Pablo Gracias. Digan ustedes, porque estoy impaciente por saber qué le ocurre.
D. Eus. Ocurre que... Díselo tú.
D.ª Jus. No, no; tú le enterarás mejor.
D. Eus. Pues, mire usted, francamente: la niña tiene una perra.
D.ª Jus. (Aparte á Eustaquio.) No, así no...
Pablo ¿Una perra?
D.ª Jus. Quiere decir una rabieta.
Pablo ¡Ah!
D.ª Jus. Las coge con mucha frecuencia.
Pablo Sí, ya he observado que alguna vez.

D. EUS. Alguna vez que otra.
D.ª JUS. ¡Como está tan mimadita! Hace unos días que no anda bien.
IGN. ¡No anda bien! ¿Cojea?
PABLO (Yo sé de qué pié)
D. EUS. Está tan desganada.
D.ª JUS. ¡Tan flacucha!
D. EUS. No hay medio de hacer que coma.
D.ª JUS. ¡Luego está tan debil y tan triste!...
D. EUS. Muy triste.

ESCENA XV

DICHOS, ELENA

ELENA (Sale riendo á carcajadas y comiendo castañas pilongas.) ¡Já, já, já!
PABLO No parece tan triste.
D.ª JUS. Hija, no te rías asi, que te vas á poner mala.
ELENA (Con la boca llena.) ¡Já, já, já! ¡Si es que!..
D.ª JUS. ¿Qué comes? (Elena, riendo siempre, le enseña una castaña.) ¿Vé usted? ¡castañas! Esas porquerías come y no hay medio de hacerle comer cosas sanas.
D. EUS. Pero, ¿qué te ha sucedido?
ELENA (Riendo.) Que el vecino de enfrente, ese señor mayor, estaba haciéndome cocos y yo me retiré del balcón y cerré de golpe, quedándome atisbando por detrás de los visillos. El se sentó en una silla, apoyada en los hierros de su balcón, y se puso á leer, volviéndome la espalda. Entonces abro con sigilo y le tiro una castaña con tan buena puntería, que le dí en medio de la calva. Me escondí enseguida y allí se queda mi hombre insultando á la señora del tercero de su casa, creyendo que ha sido ella.
PABLO (Irónico.) ¡Muy bien!
D.ª JUS. (Riendo complacidísima.) ¡Qué! ¡Si lo que á esta chica no se le ocurra!... ¡Es lo más graciosa!...

D. Eus. (Riendo también.) Sin embargo, hija mía, no debes hacer eso, porque un día puedes tener un disgusto.

D.ª Jus. Déjala; ya se harán cargo. ¿Quién se ha de enfadar con este angel de Dios?

Elena ¡Adiós, Fernández! ¿Con que ha consentido usted en venir?

D.ª Jus.
D. Eus. } !Eh!

D. Eus. (¡A que se la suelta!)

Pablo ¡Cómo había de oponerme á venir á esta casa!

Elena Es que decían los abuelitos...

D. Eus. ¡Ején... ején! (Tratando de interrumpirla.)

D.ª Jus. (¡María Santísima!)

Elena ¿Eh?

Pablo ¿Qué decían los abuelitos?

Elena Que no querría usted venir á curar á mi perrita.

D. Eus. (La soltó.)

Pablo ¿Cómo?...

D.ª Jus. No haga usted caso.

D. Eus. No se ofenda usted.

D.ª Jus. Son bromas suyas.

Pablo ¡Ah, son bromas!

D.ª Jus. ¡Sí, señor!

D. Eus. Doctor, yo le suplico... Tiene usted razón... pero... ¡Jesús, Jesús, qué chica!

Pablo No, no, señores, por Dios... Esto no tiene importancia. Comprendo que es muy niña... y... (Marcando el *muy niña*.)

Elena (¡Dios mío! ¡qué he hecho!)

D. Eus. Crea usted que deploro.

Pablo Hace usted muy mal.

Elena (Aparte.) ¿Se ha enojado de veras? ¡Ah, yo le desenojaré! (Coge una flor y se la pone en el pecho.)

D.ª Jus. ¿Con que la perdona usted?

Pablo ¡Señora! Pues ya lo creo. Pero puesto que no hago falta... (Quiere irse.)

Elena Si el doctor no se enfada conmigo, ¿verdad?

Pablo (Viendo la flor.) (¡Ah, coqueta!)

Elena ¿Ha visto usted qué flor tan bonita?

Pablo Sí.

Elena ¿Y qué le parece á usted?

PABLO — Que es muy linda, pero... tardía. (Muy marcado.) ¡Adiós, señores!

ELENA — (Desconcertada.) ¿Eh? (Se vá.)

PABLO — Señorita.

ELENA — (Con afectada tranquilidad.) Adiós, doctor.

D. EUS. — (Acompañando á Pablo.) Yo le suplico... (Vanse.)

ESCENA XVI

ELENA, DOÑA JUSTA é IGNACIO

ELENA — (Se queda llena de ansiedad mirando á Pablo hasta que éste desaparece. En este momento rompe á llorar.) (¡Me ha despreciado!)

D.ª JUS. — ¡Qué es eso, hija mía! (Alarmadísima.)

IGN. — ¡Qué sucede!

D.ª JUS. — ¡Dios mío, te pones mala! Voy á llamarle.

ELENA — (Rápidamente.) No, no le llames.

D.ª JUS. — ¿Por qué?

ELENA — Porque no; porque no quiero.

D.ª JUS. — ¡Ay, Dios mío! (A Don Eustaquio que entra.) Eustaquio, mira, no sé qué le pasa.

ESCENA XVII

DICHOS y DON EUSTAQUIO

D. EUS. — ¿Qué es eso, Elena? ¡Por qué te has puesto así!

D.ª JUS. — (A Ignacio.) ¡Por Dios, consuélela usted; dígala usted algo!

D. EUS. — ¡Hijita, hijita, por el amor de Dios!

ELENA — ¡Déjame!

D.ª JUS. — ¡Elena, hija de mi alma!

ELENA — Déjame en paz.

IGN. — Oiga usted, Elenita, yo...

ELENA — Déjeme usted en paz. (Dando un manotón al manuscrito y echándolo al aire.)

IGN. — (Papá no me ha dicho qué hay que hacer en estos casos.)

ELENA — (Dejándose caer en un sillón.) ¡Ay, ay, ay, yo estoy muy mala!

D.ª Jus. Trae agua. Ruégueselo usted, supliquela.

Ign. Yo ruego á usted... yo la suplico, Elenita.

D.ª Jus. ¡Angel mío!

D. Eus. ¡Niña mía, toma! (Le ofrece un vaso de agua. Ella da un manotón al vaso que se vierte sobre Ignacio.)

Elena ¡Dejadme, dejadme todos! (Se levanta y entra en su cuarto.)

D.ª Jus. ¡Mimí, niña mía!

D. Eus. ¡Hijita! (Todos la siguen y ella cierra la puerta en las narices de Doña Justa, que va la primera. Esta se vuelve afligidísima hacia Don Estaquio y él hacia Ignacio, que se va diciendo):

Ign. ¡Se lo diré á mi papá!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

JUANA, con una carta

¿Qué le habrá pasado al señorito Ignacio, que está en la calle, en medio de un corro de gente? Apuesto que ha sido alguna disputa, porque ahora llega la pareja... Vamos, que no entiendo lo que ocurre hoy á todos los de esta casa. El señor ha salido corriendo no sé á dónde; la señora no hace más que pedir tazas de tila, que la señorita no quiere tomar; la señorita no quiere salir de su cuarto; y hasta la perra está metida en un rincón y gruñe cuando alguien se le acerca. ¿A quién daré esta carta? Debe de ser del primo marino, el que pasó el mar Rojo por medio de las aguas.

ESCENA II

JUANA, IGNACIO

IGN. ¡Juana, Juana! (Desde el foro)
JUANA Señorito.
IGN. ¿Están por aquí tus señores?
JUANA No, señor. Pero, ¿qué le ha pasado á usted en la calle?

IGN. ¡Qué! ¿me has visto?

JUANA Sí señor, desde el balcón de la sala. ¿Qué ha sido?

IGN. Una disputa con un colega. Figurate tú que el tal sugeto se empeñaba en sostenerme que el *Quijote* tiene 30.246 comas...

JUANA ¡Eh!

IGN. Siendo así que sólo tiene 30.210, según la edición *princeps*, que es la que yo he consultado.

JUANA ¡Y por coma más ó menos han disputado ustedes!

IGN. No, á él no le falta razón.

JUANA Entonces...

IGN. Pero es que se refiere á la edición hecha por Don Juan Antonio Pellicer, publicada por Gabriel Sancha en Madrid, año 1797.

JUANA ¡Ah, vamos!

IGN. Yo le he dicho que consulte la impresa en Argamasilla de Alba...

JUANA ¡Argamasilla! Ese es mi pueblo.

IGN. (Quitándose respetuosamente el sombrero.) ¡Cómo! ¿Tu eres de Argamasilla? ¡Y te lo tenías tan callado!

JUANA ¡Pues qué! ¿Quiere usted que vaya por ahí diciendo:—Caballero, yo soy de Argamasilla?

IGN. ¡Tú eres paisana del Ingenioso Hidalgo!

JUANA No conozco á ese señor.

IGN. ¿Tú eres del lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme?

JUANA Pues, ¿qué le ha hecho á usted mi pueblo?

IGN. Deja que te admire. Tú eres de la raza de las Dulcineas y de las Teresas Cascajo.

JUANA No, señor, que yo soy Juana Motilla, hija de Pedro Motilla, el Romo, y de Bastiana López, la Quijota.

IGN. ¡La Quijota! ¿Por qué llaman á tu madre la Quijota?

JUANA Porque así le decían á mi abuela, que era del Toboso.

IGN. Muchacha, tú puedes darme mucha luz.

JUANA ¿Quiere usted que abra más el balcón?

IGN. (Esta chica debe de estar emparentada con

Cervantes ó con alguno de su familia.) (Toma notas.) (Tengo que presentarla en mi academia.) Voy á hacer tu suerte. ¿Querrías venir conmigo?

JUANA ¿A dónde?

IGN. A donde yo te lleve.

JUANA ¿Por quién me ha tomado usted á mí?

IGN. Por una joya, por un tesoro inapreciable.

JUANA ¡Anda, anda, chicoleos! Parece usted tonto y se mete en casa.

IGN. Tú hazme á mí caso, que no te pesará.

JUANA ¡Como no me pese!... Límpiese usted.

IGN. (Sacudiéndose la levita.) Gracias. ¿Con que vendrás?

JUANA Vaya, no tengo gana de conversación. ¡Pues hombre!...

ESCENA III

DICHOS, ELENA

ELENA ¡Juana!

JUANA Señorita.

ELENA (¡Ah! Está éste aquí. Me alegro.)

IGN. Elenita...

ELENA (Voy á hacerle caso; voy á estar cariñosa con él, y soy capaz hasta de casarme para que rabie el otro.)

IGN. ¿Se pasó ya?

ELENA Sí, señor, se pasó.

IGN. Lo celebro, porque...

ELENA (Interrumpiéndole.) Bueno, venga usted acá. (Haciéndole sentar á su lado.) Dígame usted cosas.

IGN. ¿De qué?

ELENA De lo que á usted se le ocurra.

JUANA (¡Lo que se le ocurra á ese!...)

ELENA Cosas bonitas, agradables, poéticas.

IGN. ¡Ah! sí... ya... ¿algún párrafo de Cervantes?

ELENA ¡No, hombre, no; de usted, de usted mismo!

IGN. ¿De mí mismo? ¿Pues qué diré á usted, encantadora Mimí?...

ELENA Eso, eso.

IGN. Sino que no duermo, que no sosiego, que no descanso, pensando siempre en la misma idea.

ELENA Así me gusta.

IGN. Y que no tendré felicidad completa hasta que logre el fin de todas mis aspiraciones.

ELENA (¡Caramba, pues se explica!)

IGN. Hasta que llegue el día en que pueda decir al mundo entero: Yo soy el que ha tenido la dicha...

ELENA Adelante.

IGN. ¡El que ha tenido el inefable placer, el que ha logrado la insigne gloria de descubrir á la nodriza del Manco de Lepanto!

ELENA (Levantándose.) ¡Hombre, vaya usted á paseo!

JUANA ¡Já, já, já!

IGN. No, á mi academia. No he venido más que á saber si se había pasado. En mi academia debo de tener una carta importantísima. ¡Conque, adiós, Mi... mí! (Estrechándole la mano.)

ELENA Adiós, me... mo.

IGN. ¿Eh?

ELENA Me... morias á papá.

IGN. ¡Ah! No despida usted nunca á esta joya. Consérvela usted para cuando nos casemos.

JUANA (¡Qué bárbaro!)

IGN. ¡Adiós, insigne Quijota!

ESCENA IV

ELENA y JUANA

ELENA (Preocupada, no ha atendido á las últimas palabras de Ignacio, y se pasea agitada.) (No, pues yo me caso... sí señor, con el primero que se me presente... eso es. Y que rabie el vecinito. ¡Vaya!)

JUANA ¿Pero señorita, qué le pasa á usted?

ELENA Nada; que quiero casarme enseguida.

JUANA ¿Con ese?

ELENA No, con otro, con cualquiera; con el Nuncio... No, con el Nuncio no puede ser.

JUANA ¡Claro!

ELENA ¿Me ha de faltar á mí con quién casarme? ¿No tengo así los pretendientes? Pues con esos...

JUANA ¿Con todos?

ELENA Con uno de esos,

JUANA Precisamente aquí hay carta del señorito Miguel.

ELENA Con ese... ¡un valiente marino!... ¿No vale cien veces más que ese doctorcillo de tres al cuarto? ¿Cuándo se le ha ocurrido á ese señor Fernández nada tan bonito como aquello de que «los sentimientos del alma *son como las mariposas, que no pueden cogerse sin que se quede entre los dedos el polvo de oro de sus alas?...»* Y mi primo se casa en cuanto yo quiera; ¡me ha pedido tantas veces permiso para decírselo á los abuelitos!...

JUANA Pues, señorita, ¿á qué está una?

ELENA ¡Y poco que se alegrarían todos! ¡Ay, yo casada!... ¡Yo señora!... ¡Ay, aquel día, cuando me ponga un vestido de gró blanco, con un cola muy larga, muy larga!... Pasaré las horas muertas mirándome al espejo y preguntándole si estoy bonita. (Mirándose al espejo.) ¿No es verdad que estaré?...

JUANA ¡Ya lo creo!

ELENA (Viéndose en el espejo la flor que se puso en el acto primero.) ¡Ah! (Se quita la flor del pecho, la mira primero con sentimiento, luego con rabia, y se deja caer sobre un sillón.)

JUANA ¿Pero, señorita, qué le pasa á usted?

ELENA ¡Déjame, déjame! Vete.

JUANA Pero...

ELENA Que te vayas.

JUANA (¡Vamos, que no lo entiendo!) (Vase.)

ESCENA V

ELENA sola

¡Y no vendrá más! (Pausa, después de la cual se levanta decidida y va al velador.) Voy á escribirle. Esto no tiene nada de particular; él me ha escrito cuatro cartas y no le he contestado... (Escribiendo.) «He recibido sus atentas...» No sé si hay que poner alguna hache. (Pensando.) He recibido... No, esta *e* no debe llevar hache, porque en la muestra de enfrente dice «López é hijo,» y la *e* está sola. (Escribe.) No, no escribo, que si vé esta letra me despreciará más. ¡Despreciarme á mí!... á una muchacha bonita, porque eso todo el mundo lo dice!... (Se echa á llorar.)

ESCENA VI

ELENA y DOÑA JUSTA

D.ª JUS. (¡Pobre Eustaquio, qué bueno es! ¡La embajada que llevó no es muy lucida; pero si la pobrecita enfermára!... ¡Jesús, Dios nos libre.)

ELENA (Que ha estado contemplando la flor, la tira al suelo.) (¡Anda, no le quiero, que se fastidie!)

D.ª JUS. ¡Mimí, hijita mía! ¿Se te ha pasado ya? Yo espero que no tendrás otra vez motivos de llanto. El abuelito ha ido á arreglarlo todo.

ELENA ¿El abuelito?...

D.ª JUS. Sí, hija mía, ha ido á buscarle.

ELENA ¿Ha ido á buscarle? (Levantándose muy alegre.)

D.ª JUS. Sí

ELENA ¿A Fernández?

D.ª JUS. No, á Ignacio.

ELENA (Entristecida.) ¡A Ignacio! ¿Y para qué?

D.ª JUS. ¡Como se fué tan enfadado!

ELENA ¡Si acabo de echarle yo con cajas destempladas!

D.ª JUS. ¿Pues no llorabas creyendo que no iba á volver?

ELENA ¡A mí qué me importa!

D.ª JUS. Entonces, ¿por qué eran tus lágrimas y tu desesperación?

ELENA ¡Ay, abuelita, porque soy muy desgraciada!

D.ª JUS. ¡Tú, hija mía!

ELENA Sí; mucho, mucho. (Llorando con mimo y abrazándola.)

D.ª JUS. ¿Qué te pasa? ¡Habla, por Dios! ¿Qué ocurre, quién es?

ELENA Que Fer... Fernández... (Sollozando.)

D.ª JUS. ¿El médico, el vecino?

ELENA Sí.

D.ª JUS. ¿Qué?

ELENA Me ha despreciado.

D.ª JUS. ¡Te ha despreciado á tí ese feo!

ELENA No; fe...feo... no es.

D.ª JUS. Pero cuéntame, ¿qué ha sido eso?

ELENA (Llorando.) Hace tiempo me está haciendo el amor. Me escribió varias cartas diciéndome que me quería y que le consintiera hablaros. Y cuando le he dado mi consentimiento por medio de una seña convenida, me ha dicho que era tarde y que no me quería ya.

D.ª JUS. ¡Habrase visto grosero! Pues, ¿qué más puede apetecer que tu cariño? Yo le diré á ese mediquillo lo que hace al caso.

ELENA No; no le digas nada. Eso sería rebajarnos.

D.ª JUS. Es verdad. Le cerraremos las puertas de esta casa.

ELENA Eso sí que no.

D.ª JUS. ¿No?

ELENA Si lo que quiero es que venga.

D.ª JUS. Entonces diremos al abuelito que vaya á buscarle.

ELENA No.

D.ª JUS. Es verdad; no es cosa de encargarle siempre estas comisiones. Diremos que te has puesto mala.

ELENA No lo creerá.

D.ª JUS. Entonces, ¿qué haríamos? (Después de meditar.) ¡Ah!

ELENA ¡Qué! ¿Has encontrado un medio?

D.ª JUS. Me pondré yo mala. ¿Te parece?

ELENA (Muy alegre) ¡Ay, sí, sí! Eso es lo mejor. Sí; ponte mala, abuelita. ¡Ay, qué gusto!

D.ª JUS. ¿Y qué enfermedad voy á tener?

ELENA La que quieras. Sarampión... No, sarampión no; una enfermedad larga, para que venga mucho. ¿Quiéres?

D.ª JUS. ¡Qué no haré yo por tí, hija de mi vida! Aunque fuese de veras. Voy á mandarle recado de que venga á verme inmediatamente. ¡Juana, Juana! (Vase.)

ESCENA VII

ELENA, sola

ELENA ¡Vendrá, voy á verle!... La verdad es que me gusta más que mi primo... pero mucho más. ¡Qué vale el tal marinerote al lado de un médico famoso! Estoy segura de que al fin y al cabo he de casarme con él. ¡Qué cara pondrá mi primo cuando lo sepa! (Viendo la carta que sacó Juana.) ¿Qué le dirá al abuelito? Voy á ver. (Rompe el sobre de la carta sin sacarla de él.)

ESCENA VIII

ELENA y EUSTAQUIO

D. EUS. Vaya, monina, ya puedes estar contenta.

ELENA ¿Por qué?

D. EUS. Segura estabas de que yo había de arreglarlo todo.

ELENA ¿Qué?

D. EUS. Que vengo de casa de Ignacio.

ELENA ¡Ah!

D. EUS. No estaban ni el padre ni el hijo; pero he

dejado escrita una carta muy afectuosa y vendrá.

ELENA Bueno; pues has de saber que no me importa nada.

D. EUS. ¡Eh! ¿Cómo es eso?

ELENA Que yo no quiero nada con ese bobalicón.

D. EUS. Pero, hija, ¡si yo he ido á buscarle!

ELENA ¿Y qué?

D. EUS. ¡Y le he prometido en mi carta que estarás cariñosa con él!

ELENA ¡Quiá!! (Con coquetería.)

D. EUS. Que le quieres mucho.

ELENA ¡Quiá! Si yo voy á casarme con otro.

D. EUS. ¡Con otro! ¡Maria Santísima! ¿Y qué le digo yo á éste?

ELENA Que se vaya á... averiguar la vida de Cervantes.

D. EUS. ¡Eso es! ¿Y quién es el otro?

ELENA No te lo digo. Adivínalo tú.

D. EUS. ¡Yo! ¡Cómo es posible!

ELENA Anda, piensa, piénsalo un poquito.

D. EUS. No atino.

ELENA Pues me parece que no vas á tardar mucho en saberlo. ¡Ah, toma esta carta!

D. EUS. Trae. (Mirándola con deleite.) ¡Picarilla! ¿Quién me quiere á mí?

ELENA Esta personita.

D. EUS. ¿Y no se le dice nada al abuelito?

ELENA (Abrazándole, muy zalamera.) ¡Abuelito mío, monín, rico, rico, y rico! (Vase saltando.)

ESCENA IX

DON EUSTAQUIO, solo

D. EUS. (Mirando con complacencia hacia donde se fué Elena.) ¡Jé, jé, jé! ¡Picaronaza! Ese diablillo hará lo que quiera de mí. ¡Casarse con otro! ¿Qué le digo yo al pobre Ignacio cuando venga creyendo que va á recibirle llena de cariño? Ella es muy capaz de darle la noticia de que se casa con otro... ¿Quién será este otro? Esta carta... Es de Miguel. (Después de

leer.) Toma, toma, ¿pues si está aquí explicado el enigma. (Lee.) «Amo á mi prima y voy á esa decidido á hacerla mi mujer, si ustedes consienten.» Este es el incógnito. ¡Y la pícara se lo tenía tan callado! Vamos, este no es ningún desatino. Elena, Elena...

ESCENA X

DON EUSTAQUIO, PABLO

PABLO ¿Qué es eso? ¿Está peor?

D. EUS. ¿Quién?

PABLO La señora de usted.

D. EUS. ¡Mi mujer! ¡Si mi mujer, gracias á Dios, no está mala!

PABLO Sí, señor.

D. EUS ¡Cómo!

PABLO Acaban de mandarme recado de que se había puesto muy mala de repente.

D. EUS. ¡Mi mujer!

PABLO ¿Usted no sabe nada?

D. EUS. Vengo ahora mismo de la calle. Pero la niña no me ha dicho... Es verdad que ella, por no asustarla, se lo habrá ocultado. ¡Ay Dios mío! Voy á ver.

PABLO ¿No le han dicho á usted?...

D. EUS Nada absolutamente.

PABLO (Es extraño.)

ESCENA XI

DICHOS, DOÑA JUSTA

D.ª JUS. (Quejándose.) ¡Ay, doctor! (Viendo á Eustaquio.) (¡Ay, mi marido!)

D. EUS. (Alarmado) ¿Qué tienes, hija mía, qué te pasa?

D.ª JUS. No es nada. (Se va á asustar.) No te asustes (¡Cómo advertirle!...)

D. EUS. Habla, por Dios, mujer.

D.ª JUS. (¡Qué apuro!)
PABLO Diga usted, señora.
D. EUS. Sí, mujer, dílo.
D.ª JUS. Es... que... iba yo á mi cuarto, cuando de pronto...
D. EUS. ¿Qué?
D.ª JUS. Sentí una cosa muy rara.
PABLO ¿En dónde?
D.ª JUS. No lo sé á punto fijo.
D. EUS. ¡No lo sabe á punto fijo! ¿Qué será eso?
PABLO Es una cosa rara.
D. EUS. Sí, eso ya lo ha dicho ella
D.ª JUS. Empezó por los piés... y fué subiendo, subiendo.
PABLO ¿Y luego?
D.ª JUS. ¿Luego?... bajando, bajando. (Aparte á Eustaquio.) No hagas caso.
D. EUS. ¡No he de hacer caso! ¡Pues no dice que no haga caso! No, sabe usted; es muy sufrida y nunca quiere que sepamos sus males. Pues no señor, no será.
PABLO (¿Qué es esto?) Siga usted,
D. EUS. Sí, dílo todo.
D.ª JUS. Perdí el sentido y pensé... (Aparte á Eustaquio viendo su alarma.) Que todo es mentira.
D. EUS. Dice que pensó que todo es mentira. ¡Pobrecita! Tiene trastornada la cabeza.
PABLO Déjela usted que se explique y veremos.
D. EUS. (Alarmadísimo, pero tratando de ocultar su alarma á Justa.) Habla; no pienses que me alarmo. Si esto no es nada. ¿Verdad, doctor? (¡Pobrecita!)
PABLO Siga usted. ¿Qué le dió á usted al perder el sentido?
D.ª JUS. Fué... fué... (¿Qué diré yo?) Mire usted, primero... Es decir, primero no... Primero estaba bien.
PABLO ¿Y luego?
D.ª JUS. Luego ya no estaba tan bien.
PABLO (¿Será esto invención de la niña? ¡Veamos!) Bueno, vamos á ver. ¿A ver la lengua? (Doña Justa saca la lengua.) Tosa usted. (Doña Justa tose.) Al volver en sí sentiría usted un fuerte dolor de cabeza.

D.ª JUS. (Diré á todo que sí.) Si señor, mucho dolor de cabeza. (Hace señas á Don Eustaquio, que Pablo sorprende.)

PABLO (Están de acuerdo.) ¿Y en los piés?

D.ª JUS. Sí, señor, también.

D. EUS. (¡Pobrecita!)

PABLO Dificultad en las válvulas sigmoídeas y en la región precordial.

D.ª JUS. Sí, señor.

PABLO (Se clavó.) Perfectamente.

D. EUS. (Y dice perfectamente. ¡Qué médicos!)

PABLO Pues se trata de un absceso por perforación del pericardio con hipertrofia granular efervescente. (¡Tómate esa!)

D. EUS. ¡María Santísima! ¿Todo eso tiene? (Alarmadisimo.) ¡Hija de mi corazón! (Queriendo aparentar calma.) Pero eso no vale nada. ¿Y esos dolores?

PABLO Son dolores que llamamos simpáticos.

D. EUS Pues bonito nombre han ido ustedes á ponerles. Pero no te asustes. ¿Vés? Esos dolores son simpáticos; ya ves tú que no puede ser cosa de cuidado.

PABLO Pero todo ello no tiene importancia.

D. EUS. ¿Lo vés? no tiene importancia. No te asustes. (¡Pobre mujercita!)

PABLO Voy á poner una receta.

D. EUS. Aquí tiene usted...

PABLO ¿Sabe usted latín?

D. EUS. No, señor.

PABLO (Mirando los papeles que hay sobre el velador.) (Hola, una carta de la niña. Y dirigida á mí.)

(Doña Justa y Don Eustaquio hablan aparte, mientras Pablo escribe.)

D.ª JUS. Esto no es nada.

D. EUS. (Crée que no es nada, más vale.)

PABLO (Qué letra y qué ortografía.)

D.ª JUS. Estoy buena... Son cosas de la niña.

D EUS. ¿Cómo?

D.ª JUS. Ya te explicaré. Véte.

D. EUS. ¿Que me vaya?

D.ª JUS. Sí, que estorbas.

D. EUS. (¿Qué será?)

PABLO Que traigan esto en seguida.

D. Eus. Yo mismo iré. Para esto no me fío de nadie.

D.ª Jus. Sí, es mejor.

D. Eus. (Leyendo la receta.) «*Aqua fontis.*» ¿Y esto cuándo lo toma?

Pablo Cuando tenga sed.

D. Eus. (No lo entiendo... pero... en fin...)

ESCENA XII

DOÑA JUSTA y PABLO, luego ELENA

D.ª Jus. (Y la niña no sale.)

Pablo Verá usted cómo esa enfermedad la corregimos enseguida.

D.ª Jus. Sí, señor, lo creo. Yo tengo mucha confianza en usted.

Pablo Y yo en usted.

Elena (¡Ah, ya esta aquí!) ¡Ay, doctor, ¿cómo la encuentra usted?

Pablo ¡Hum!... Regular.

Elena ¡Pobre abuelita! (Como que va á hacerla un mimo, le dice aparte): Déjanos solos.

D.ª Jus. (¡Mujer!...)

Elena Pero monina mia, véte á la cama. Allí estarás mucho mejor, ¿verdad? (A Pablo.)

Pablo (¡Quiere echarla!) ¡Ah, sí, señora, sí; debe usted acostarse en seguida.

Elena ¿Lo ves? Anda, acuéstate. Lo dice el doctor.

D.ª Jus. ¡Pero si no me siento mal!

Pablo Usted se lo figura, pero...

Elena ¡Si vieras qué cara tienes!

D.ª Jus. ¿Qué cara tengo?

Elena Pálida, amarilla... Parece que te va á dar algo... (Véte.)

D.ª Jus. (¡Pero!...)

Elena Nada, á la cama, abuelita.

Pablo Sí, señora, acuéstese usted.

D.ª Jus. ¡Si no!...

Elena No hay más remedio.

Pablo Tiene razón.

D.ª JUS. Bueno, me voy á la cama. (Aparte á Elena) Desde ahí lo oigo todo.

ELENA Bueno, sí; pero tápate bien, ¿eh? ¡Pobrecita! Luego iré yo á arroparte.

D.ª JUS. Pues, con permiso de usted... (¡Con tal que esté contenta!...) (Vase por la puerta primera derecha, quedándose oculta entre las cortinas.)

ELENA (¡Ajajá!) (Sonriendo y sin atreverse á mirar á Pablo cara á cara.) Diga usted, doctor, ¿será grave la enfermedad de la abuelita?

PABLO (Después de mirarla un momento de pies á cabeza, sin decidirse á contestar. Como amostazado.) Sí, señora, gravísima.

ELENA (Tratando de contener la risa.) ¿De veras? Yo creo que no será tanto.

PABLO ¿Pero, niña, se ha propuesto usted divertirse conmigo?

ELENA ¡Yo! ¿Por qué? (Rapidez.)

PABLO Porque es usted una niña coqueta, frívola y caprichosa. ¡Así, clarito!

ELENA Y usted un señor muy galante.

PABLO Usted me pone en el caso de no serlo. ¿Le parece á usted divertido que le llamen á uno para curar perritas?

ELENA ¿Es usted rencoroso? Eso ya pasó.

PABLO ¿Y lo de la abuelita, pasó? Trataba usted de que me pusiera en ridículo creyéndola realmente enferma.

ELENA ¿Usted no lo ha creído?

PABLO Lo que he creído es que esa enfermedad corre parejas con las de usted.

ELENA ¡Ah! ¿De modo que usted cree que es fingida?

PABLO Sí, señora.

ELENA ¿Con qué objeto había de fingirlo?

PABLO Para hacerme venir y darme un feo como el pasado.

ELENA ¡Hombre, que se atreva usted á hablar de feos! ¡Usted!

PABLO ¿Yo?

ELENA Usted, que es el que me dió... ¡el de la florecita! ¿Estuvo bonito aquello?

PABLO Sí, porque la intención con que se la puso usted en el pecho, no era la que yo de-

seaba. Y como estoy decidido á que no se repita... (Coge su sombrero.)

ELENA ¿Se va usted? (Algo contrariada, pero sin creerle.)

PABLO Sí, señor.

ELENA ¿Y se va usted enfadado conmigo?

PABLO Sí, señora.

ELENA (Con mimo burlón.) ¿Mucho, mucho, mucho?

PABLO (Con sequedad fingida.) Bastante, bastante, bastante.

ELENA ¿Eso quiere decir que hemos concluído?

PABLO No, señora; quiere decir que no hemos empezado.

ELENA Bien... pues... vaya usted con Dios. (¡A que no se va!)

PABLO Usted lo pase bien. (¡A que me hace volver!)

D.ª JUS. (Entre las cortinas del cuarto de la derecha.) (¿Qué es eso? ¿se va?)

(Elena se dirige á su cuarto, y él al foro. Al llegar cerca de las puertas vuelven ambos la cabeza, y al verse sorprendidos, se hacen un ceremonioso saludo y se ocultan, quedándose tras las cortinas.)

PABLO (¡A que me llama!)

ELENA (¡A que vuelve!)

D.ª JUS. ¡Pero!... (Va á salir de su escondite, pero Elena, entreabriendo las cortinas de su cuarto, le hace señas desde allí de que se oculte.) ¿Eh? (Elena le señala la puerta del foro como diciendo que espera que Pablo vuelva. Todo esto es rapidísimo.) ¡Ah! (Se esconde.) (Estarán jugando al escondite)

ELENA (¡Pues no vuelve!)

PABLO (¡Pues no me llama!)

ELENA (Yo salgo.)

PABLO (Yo entro.) (Salen los dos.)

ELENA (¡Me cogió!)

PABLO (¡Me lucí!)

ELENA (Burlona.) ¿Se le ha olvidado á usted algo?

PABLO (Cortado.) Sí, el sombrero. (Viendo que lo tiene en la mano.) Digo, el bastón. (Idem.)

ELENA Lo que se le ha olvidado á usted ha sido pedirme perdón.

PABLO ¡Perdón! ¿Por qué?

ELENA Por haberse mostrado ofendido conmigo.

PABLO Y lo estoy.

ELENA Pues es usted un desagradecido.

PABLO No; ¡si aún tendré que darle á usted las gracias por los papeles que me hace representar!

ELENA Sí, señor.

PABLO No veo cómo.

ELENA Supongamos que la enfermedad de la abuelita es una ficción.

PABLO Es una ficción que me hace poquísimo favor.

ELENA Si le llamamos á usted sin necesidad, probaría que teníamos deseos de verle. (Como burlándose de él por no haber caído en ello.)

PABLO (Animándose.) ¡Cómo, es posible! (Yendo hacia ella.)

ELENA (Retirándose, con sorna.) Pero, desgraciadamente, la abuela está mala y eso nos ha hecho llamarle á usted.

PABLO (Impaciente.) ¡Bueno!

ELENA (Con formalidad.) Vamos á ver, siéntese usted aquí. (Se sientan.) ¿Qué prefiere usted, que la enfermedad de la abuelita sea verdad ó mentira?

PABLO Que sea verdad.

D.ª JUS. (Muchas gracias.)

ELENA ¡Pobre abuelita! (Riendo.)

PABLO ¿Conque no lo es?

ELENA (Con sorna.) ¡Hombre, preguntármelo á mí usted, un médico famoso!...

PABLO (Cargado.) Vaya, vaya; que usted lo pase bien.

ELENA ¡Ay, pero deje usted el sombrero! No había reparado. (Le coge el sombrero y lo pone atropelladamente sobre el mueblecito. El sombrero cae al suelo.) ¡Ay, perdone usted!

PABLO No vale la pena.

ELENA (Lo coge.) No ha sido nada. (Le pasa el pañuelo á contrapelo.) ya está bien. (Vuelve á sentarse.) Vamos á cuentas: usted me ha escrito cuatro cartas.

PABLO Sí, señora.

ELENA A las cuales yo no he contestado.

PABLO Sí ha contestado usted.

ELENA (Sorprendida.) ¡Cómo!

PABLO — Ha contestado usted... y sin hache. Ahí lo he visto.

ELENA — ¡Ha visto usted!... (Desconcertada.)

PABLO — Sí, señora; la carta que dejó usted ahí empezada, que por cierto parece un recibo de de inquilinato.

ELENA — ¿Por qué?

PABLO — Porque empieza diciendo: «He recibido de don...» Y ese *he* se escribe con hache.

ELENA — ¡Con hache! (¡Fíese usted de la ortografía de los tenderos!) Bien, le he escrito á usted, sí, señor; le he escrito á usted, sin hache si usted quiere.

PABLO — No, yo no quisiera.

ELENA — Pero eso, ¿qué prueba?

PABLO — Que no está usted fuerte en gramática.

ELENA — Eso prueba que es usted un desagradecido.

PABLO — ¿Por qué?

ELENA — (Enterneciéndose) Porque usted me echa en cara mis defectos cuando he hecho con usted lo que con nadie; porque usted es la única persona á quien he dado derecho á que sepa que escribo con mala ortografía.

PABLO — ¿La usa usted sólo conmigo?

ELENA — No, señor; es que yo no he escrito nunca á nadie. (Llorando.)

PABLO — ¿A nadie?

ELENA — Siempre que he escrito ha sido por pluma de ganso.

PABLO — ¿Qué?

ELENA — Que otros escribían por mí para que nadie pudiera reirse de mis faltas. Yo le he sacrificado á usted mi amor propio escribiéndole de mi puño y letra. (Llorando cada vez más.) Porque quería que lo que saliera de mi alma fuera derecho á la de usted sin que nadie lo profanase.

PABLO — ¡Elena! (Enterneciéndose.)

ELENA — Porque quería que mis pensamientos fueran todos para usted sin que nadie participara de ellos.

PABLO — ¡Elena! (Mas enternecido.)

ELENA Porque «estos sentimientos del alma son *como las mariposas, que no pueden coger-se sin que se quede entre los dedos el pol-vo de oro de sus alas.*»

PABLO ¡Elena!

ELENA Y sin consideración á nada de esto, sin pensar en lo que me hace sufrir, se burla usted de mis afectos y de mi ternura, y todo porque le amo... sin hache.

PABLO ¡Perdón, Elena! (Cayendo de rodillas.)

ELENA Ingrato.

PABLO Perdón. (Le besa la mano.)

D.ª JUS. (Creo que debo salir.)

ESCENA XIII

DICHOS y JUANA

JUANA (Desde el fondo.) Señorita; señorita.

PABLO (Acurrucándose junto al velador para que Juana no le vea.) (¡Plancha!)

JUANA La Paca ha venido. (Con alegre curiosidad y olvidándose de Pablo.)

ELENA ¿Trae aquello?

JUANA Sí.

ELENA (Levantándose de pronto muy alegre.) ¡Ay, á ver! (Se va.)

D.ª JUS. (Saliendo.) ¡Eh! ¿Qué es eso?

PABLO (Al verse sorprendido por Doña Justa.) (¡Plancha número quince!) (Levantándose.) Señora, yo...

D.ª JUS. Usted es el que ha de dispensarnos todos estos enredos; pero ya ve usted que en siendo en bien de la niña...

ELENA ¡Ay qué mono! (Trae cogido por el cuello un gato y baja á enseñárselo á Doña Justa.) ¡Mira, abuelita, mira qué cosa tan mona!

D.ª JUS. (Aparte á Elena.) ¡Mujer, le dejas por el gato!

ELENA (¡Ay, es verdad!) Llévatele. (Va al fondo á dar el gato á Juana, que se vá con él.)

D.ª JUS. (A Pablo.) Es una chiquilla; pero tiene muy buen fondo y le quiere á usted mucho. Le

hemos hecho á usted venir porque la pobre estaba muy triste creyendo que se había usted ofendido con ella.

PALBO Sí, ya sé...

ESCENA XIV

ELENA, DOÑA JUSTA, PABLO, DON EUSTAQUIO

D. EUS. (Con una botella.) Aquí está esto. Tómalo, hija mía.

D.ª JUS. No, si ya no hace falta.

D. EUS. ¿Nó?

D.ª JUS. Mi enfermedad ha sido fingida.

D. EUS. ¡Fingida!

D.ª JUS. Sí, para dar gusto á la pequeña.

D. EUS. ¡Ah! Por eso se han reído de mí en la botica. Por fortuna todo esto acabará, puesto que esta picarona se casará muy pronto.

D.ª JUS. (Aparte á Don Eustaquio con rapidez.) No hables de Ignacio.

D. EUS. (Aparte á ella.) No, si ya lo sé todo.

D.ª JUS. ¡Ah, lo sabes!

D. EUS. (¡Qué vale Ignacio al lado de un marino!)

PABLO Y usted aprueba...

D. EUS. ¿El matrimonio? Hombre, le diré á usted. El candidato es un hombre guapo, elegante, discreto... Y sobre todo valiente.

PABLO ¡Valiente!

D. EUS. ¡Ya lo creo! ¡Más gente ha matado ya!...

PABLO ¡Já, já! (¡Qué bromitas!)

D. EUS. Su fortuna no es gran cosa, la verdad.

PABLO (¡Qué!)

ELENA ¡Abuelito!

D.ª JUS. ¡Eustaquio!

D. EUS. No es el novio que yo había soñado para esta; pero, en fin, más vale malo conocido...

D.ª JUS. ¡Eustaquio, qué cosas dices!

D. EUS. Al señor puede decírselo todo.

D.ª JUS. Hombre, no todo. (Aparte á él.) No sabes que el pretendiente es él.

D. EUS. (¡Él! ¡María Santísima!)

ELENA Así, abuelito, así me gustas.

D. EUS. ¡Cómo!

ELENA Tan bromista.

D. EUS. ¡Yo!

ELENA Cuando se pone de broma, es lo más gracioso...

D. EUS. ¡Ah, con que estoy de broma!

ELENA (Di que sí.) (Aparte á él.)

D.ª JUS. (Idem.) Apoya á la niña.

D. EUS. (¡Que la apoye!) Pues, sí señor, dispense usted. Es este genio mío, así... tan bromista. (¡Para bromas estoy!)

PABLO Es usted muy dueño de... (Me hacen muy poca gracia.)

D. EUS. Pues, nada, retiro todo lo dicho y ya sabe usted que apruebo incondicionalmente. (Se estrechan las manos.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, IGNACIO

IGN. ¿Se puede?

D. EUS. (¡Adiós! ¡Este dirá que he ido á rogarle para que viniera!)

IGN. (Viendo que no le contestan.) Adelante.

D.ª JUS. (¡Dios mío, otro enredo!)

D. EUS. ¡Usted por aquí!

IGN. Sí, señor, he recibido una carta...

D.ª JUS. (Aparte á Don Eustaquio.) ¿La tuya?

D. EUS. (¡Sí, la mía!)

ELENA (¡Horror!)

D. EUS. (Dios nos coja confesados.)

ELENA ¿Con que ha recibido usted una carta?

IGN. Una carta que me ha llenado de júbilo y que va usted á oir.

D EUS (No hay remedio.)

ELENA (Quitando á Ignacio la carta que se disponía á leer.) A ver, á ver esa carta.

IGN Léala usted misma.

D. EUS. (No la leas.) (Aparte á Elena.)

ELENA (Después de echar una rápida mirada á la carta.) ¡Ah!

(Lee.) «Querido Ignacio: Venga usted enseguida que aquí se le espera con impaciencia...»

D. EUS. (La mía es...) (Aparte á Doña Justa.)

D.ª JUS. ¡María Santísima!

ELENA (Leyendo.) «Se le hará á usted un recibimiento entusiasta...»

D.ª JUS. (Aterrada. Aparte á Don Eustaquio.) ¡Qué has escrito!

D. EUS. ¡Yo!...

ELENA Porque, gracias á los documentos que usted ha enviado, ya ha parecido la nodriza de Cervántes.»

D. EUS. ¿Eso dice?

ELENA Sí, míralo. (Le dá la carta.) Sea enhorabuena. (A Ignacio.)

D. EUS. (¡Es verdad!) (Afectuosísimo.) Felicito á usted de todo corazón.

D.ª JUS. Y yo también. ¡Qué fortuna!

PABLO Lo mismo digo... Me adhiero.

IGN. Gracias, gracias.

D. EUS. ¿No ha ido usted á su casa desde que salió de aquí?

IGN. Nó; vengo de mi academia, y esta misma noche salgo para Alcalá, de donde no volveré hasta que termine mi obra. Allí, en el sosiego del campo...

PABLO ¡Justo! Se va usted recordando aquel trozo del *Quijote*, que dice: «El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos...» ¿Eh?

IGN. ¿Del *Quijote*? No, si yo no lo he leído todavía.

PABLO ¡Es posible!

IGN. Mi obra no me deja tiempo para nada.

ELENA
Aunque he sido una niña
mal educada,
estos lances me dejan
escarmentada.
Amor me llama al orden,
que es niño diestro,
y desde hoy le he elegido
para maestro.

Y ya, hasta que me case,
pasaré el día
estudiando prosodia
y ortografía.
Con esto, beso á ustedes...
Pero, un momento.
si ustedes no me aplauden,
no me arrepiento.

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Pruebas de fidelidad, juguete en un acto y en verso.
Noticia fresca, id. id. (1). (Tercera edición.)
Falsos testimonios, id. en prosa.
Martes y miércoles, id. en verso.
Fuerza mayor, id. id.
Hay entresuelo, id. en prosa. (Segunda edición.)
El Demonio que lo entienda, id. en dos actos y en prosa (2).
El otro yo, id. en un acto y en prosa.
La Vendetta, id. en verso.
La Venta del pillo, tonadilla, música de los maestros Valverde y Chueca.
Ni visto ni oido, juguete en un acto y en verso.
Tentar al diablo, comedia en dos actos y en verso.
Lo de anoche, juguete en un acto y en prosa.
A tontas y á locas, comedia en un acto y en verso.
Los trapos de cristianar, juguete en tres actos y en prosa (3).
Amor, parentesco y guerra ó el Medallón de topacios, drama burlesco en un acto y en verso (1).
Ganar tiempo, juguete en un acto y en verso.
La de San Quintín, id. id. en prosa.
Música clásica, disparate cómico-lírico en un acto y en prosa, música del maestro Chapí. (Cuarta edición.)
Solitos, juguete en dos actos y en verso.
Nada entre dos platos, entremés lírico, música del maestro Chapí.

---

(1) En colaboración con el Sr. D. Vital Aza.
(2) Idem con el Sr. D. Constantino Gil.
(3) Idem con el Sr. D. José Campo-Arana.

Tomasica, comedia en dos actos y en verso.
Tu dueño te vea, proverbio en un acto y en verso.
Escuela de medicina, juguete en un acto y en verso.
La Serenata, ópera en un acto, música del maestro Chapí.
De confianza, juguete en un acto y en verso.
Perros y gatos, id. id.
Pares ó nones, id. id.
Como Pedro por su casa, id. en prosa.
Los Tiranos, comedia en un acto y en prosa.
La Cruz de fuego, zarzuela en tres actos, en prosa y verso, música del maestro Marqués.
San Franco de Sena, drama lírico en tres actos y en verso, (refundición), música del maestro Arrieta.
Juan y Pedro, juguete en un acto y en verso.
La Flor de lis, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Chapí.
Guldnara, ópera en un acto, música del maestro Brull.
El Hermano Baltasar, zarzuela en tres actos y en prosa, música del maestro Fernández Caballero.
El Ventanillo, sainete en un acto y en verso.
La Mujer de su casa, id. id.
La Reconquista, comedia en un acto y en prosa.
Don Luis Mejía, juguete cómico en un acto y en prosa.
Mimí, comedia en dos actos y en prosa.



PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta,* calle de Carr tas, 9; de *D. Fernando Fe,* Carrera de San Jerónimo, 9 de *D. Antonio San Martín,* Puerta del Sol, 6; de *D. M Murillo,* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado,* call de Esparteros, 11; de *Gutenberg,* calle del Príncipe, 14 de *González é Hijos,* Puerta del Sol, 9; de los *Señor Simon y C.ª,* calle de las Infantas, 18; de *D. Hermene gildo Valeriano,* calle de San Martín, y de los *Sres. Escri bano y Echevarría,* plaza del Angel, 12.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la Administración

EXTRANJERO

FRANCIA: Librería española de *E. Denné,* 15, ru Monsigni, **PARIS.** PORTUGAL: *D. Juan M. Valle* Praça de D. Pedro, **LISBOA,** y *D. Joaquín Duarte d Mattos Junior,* rua do Bomjardin, **PORTO.** ITALIA *Cav. G. Lamperti,* Via Ugo Fóscolo, 5, **MILAN.**

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplare directamente á esta casa editorial, acompañando su im porte en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, si cuyo requisito no serán servidos.